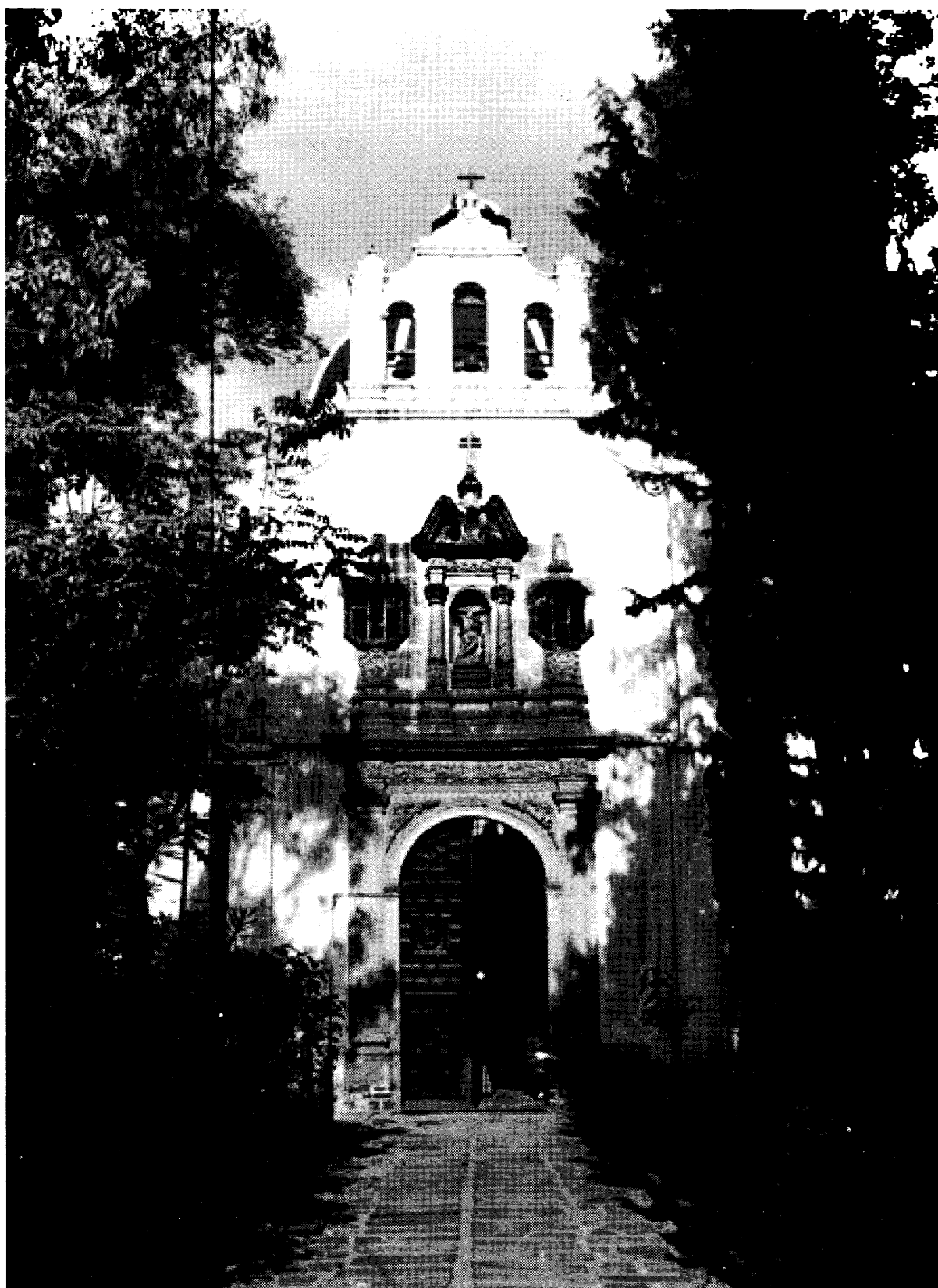




Portada de la Capilla del Rosario en Azcapotzalco.

# DE LIBROS Y LECTORES:

## ENUNCIACIÓN Y RECEPCIÓN CULTURAL

### EN LA CIUDAD DE MÉXICO

Javier Rico Moreno\*

#### De la naturaleza cultural de la lectura

**G**arambullo es una palabra fonéticamente peculiar que algunos diccionarios registran como el nombre de un cacto mexicano cuyo fruto es una pequeña tuna de color rojo. Pero hubo una época en que se asoció a la práctica cultural de la lectura. «El Cajón de Garambullo» fue uno de los expendios de libros más frecuentados por los estudiantes que a diario transitaban por el barrio universitario y al mismo tiempo por el umbral que separaba los siglos XIX y XX. Con Garambullo buscaron sus lecturas, entre muchos otros, el entonces estudiante José Vasconcelos y el futuro poeta Carlos Pellicer. Ahí se podían conseguir «Gramáticas, Físicas, de Bruño y de Langlebert, Aritméticas, Historias de Malet y libros pornográficos de Belda, Insúa y Álvaro Retana».<sup>1</sup>

Esta circunstancia es tan sólo un pretexto para advertir que el de la lectura no es un acto simple que muchos modelos pedagógicos reducen a mero instrumento de aprendizaje en el proceso educativo. Las consideraciones que se proponen aquí son un conjunto de reflexiones en busca de una fenomenología de la lectura y una serie de apuntes

históricos que pretenden fundamentar su naturaleza cultural: el estudio de la producción, difusión y lectura de lo impreso permite una especial articulación de distintas prácticas que forman parte de lo que hoy se denomina historia cultural.

De seguir esta línea habrá que reconocer que la lectura, además de instrumento útil para el aprendizaje, es un acto humanamente bueno, es decir, tiene una dimensión axiológica. Aunque se difiera en el para qué, se puede coincidir en que es bueno que la gente lea. No sabemos si en todos los casos la lectura hace buenos o mejores a los seres humanos; habrá quien piense, por ejemplo, que no es una persona buena quien después de leer a Maquiavelo se convierte en el hábil político que subordina los medios al fin. Que la lectura sea un acto humanamente bueno se funda en el reconocimiento de que es el lenguaje lo que nos da acceso al mundo, y acceder al mundo por medio del lenguaje, a su vez, fundamenta la dimensión axiológica la lectura en el ámbito de la comprensión:

No hay nada que sea una huella tan pura para el espíritu como la escritura, y nada está tan absolutamente referido al espíritu comprendedor como ella. En su desciframiento e interpretación ocurre un milagro: la transformación de lo extraño y muerto en un ser absolutamente familiar y coetáneo... Por eso la capacidad de lectura, que es la de entenderse con lo escrito, es como un arte secreto, como un hechizo que nos ata y nos

\* Departamento de Humanidades, UAM-Azcapotzalco.

<sup>1</sup> Testimonio anónimo, "Los libros de viejo", citado por Juana Zahar V. en *Historia de las librerías de la Ciudad de México, una evocación*, UNAM, México, 1995, p. 64.

suelta. En él parecen cancelados el espacio y el tiempo. El que sabe leer lo transmite por escrito atestigüa y realiza la pura actualidad del pasado.<sup>2</sup>

Así quiera yo recluirme en una torre de marfil para alejarme del mundo y poder leer a solas, en realidad ni me alejo del mundo, sino que accedo a él, ni estoy en soledad, sino que estoy frente a otro, ese otro que es el autor y que habla conmigo y me convoca a hablar con él. Roger Chartier ha señalado las dos orientaciones en las que se vierte la importancia de la lectura en la sociedad moderna. En la primera, la lectura es ante todo un acto individual que se realiza en la soledad del lector ante el texto; desde esta dimensión, la lectura ha contribuido a la construcción de la esfera privada de la existencia al permitir esa relación íntima del lector con el texto y, en un proceso dialógico, poner en libre juego sus propias ideas, preguntas y expectativas. En la segunda, frente a la autoridad del Estado, la lectura ha contribuido a la formación de la cultura política moderna al abrir cauces para favorecer el uso público de la razón.

Pero la naturaleza e importancia cultural de la lectura en la época moderna, favorecida en gran medida desde que el libro comenzó a circular como un producto que se inserta en las redes del mercado,<sup>3</sup> no es resultado de un proceso lineal que pone en contacto al autor con el lector. Lo que un autor escribe no necesariamente llega como tal al lector; entre ambos se interpone la mediación de los dispositivos editoriales.

«Hagan lo que hagan los escritores no escriben libros. Los libros no están escritos. Son fabricados por escribas y otros artesanos, por mecánicos y otros ingenieros y por impresoras y máquinas»... Contra la representación elaborada por la misma literatura, según la cual el texto existe por sí mismo, separado de toda materialidad, debemos

recordar que no existe texto fuera del soporte que lo da a leer... De aquí la distinción indispensable entre dos conjuntos de dispositivos: aquellos que determinan las estrategias de escritura y las intenciones del autor y las que resultan de una decisión del editor o de una obligación del taller... Los autores no escriben libros; no, escriben textos que otros transforman en objetos impresos.<sup>4</sup>

La lectura de textos escritos se perfila desde esta óptica como la recepción de una forma de representación cultural. Si los textos no tienen sentido en sí mismos, sino que éste se construye en el encuentro del texto con el lector, la lectura es un fenómeno histórico de construcción de significaciones.

...el objeto esencial de una historia cultural e intelectual redefinida como una historia de la construcción de la significación, me parece residir en la tensión que articula a la capacidad inventiva de los individuos singulares o de las «comunidades de interpretación» con los constreñimientos, normas, convenciones que limitan lo que les es posible pensar y enunciar. La constatación vale tanto para una historia de la producción de obras, inscritas en sus condiciones de posibilidad, como para una historia de las prácticas de la recepción (por ejemplo la lectura), que son también unas producciones inventivas de sentido, operadas a partir de determinaciones múltiples (sociales, religiosas, culturales, etc.) que definen, para cada comunidad de lectores (o de auditores), los gestos legítimos, las reglas de la comprensión [*sic*] y el espacio de lo que es pensable.<sup>5</sup>

¿Cuáles son esas condiciones de la enunciación y recepción de las representaciones culturales? Un elemento importante radica en la forma de concebir la temporalidad a partir de dos elementos básicos: espacio de experiencia y horizonte de espera. Siguiendo a Reinhart Koselleck,<sup>6</sup> el espacio de experiencia se entiende como una extrañeza superada o una especie de hábito; la experiencia es el pasado hecho presente. El horizonte de espera, en cambio, acentúa la expectativa en un futuro que

2 H. G. Gadamer, *Verdad y método I*, pp. 326-327. El entrecomillado es del autor.

3 Fenómeno que seguramente está asociado a la invención de la imprenta. Cfr. Svend Dahl, *Historia del libro*, traducción de Alberto Adell, México, Consejo Nacional para la Cultura y las Artes/Alianza Editorial, 1991. La primera edición, en Copenhague, es de 1927.

4 R. Chartier, *El mundo como representación. Historia cultural: entre práctica y representación*, 2a. de., traducción de Claudia Ferrari, Gedisa, Barcelona, 1995.

5 *Idem.*, pp. IX-X.

6 R. Koselleck, *Futuro pasado*, Paidós, Barcelona, 1993.

puede incluir esperanza, temor, anhelo, curiosidad y voluntad, pero inscrita en el presente; se trata del futuro vuelto presente. La temporalidad puede asumirse entonces como la «configuración que las vivencias del pasado y futuro asumen al convergir en el filo siempre elusivo de un presente [que] estructura los estados de ánimo, el modo de encontrarse en un ahí; además, ese ahí, el espacio, está en íntima relación con el tiempo vivido y contiene en sus infinitos alveolos tiempo comprimido».<sup>7</sup>

Si los habitantes de una ciudad tienen formas peculiares de producir mercancías, de relacionarse unos con otros, de crear manifestaciones artísticas o las más variadas expresiones simbólicas, entonces una ciudad tiene no una sino muchas historias posibles. Entre ellas, la Ciudad de México guarda una, no del todo explorada, cuyos protagonistas no son héroes ni villanos en grandes o pequeñas batallas, sino escritores, editores, libreros y lectores. En esa historia, lo que unos escriben, otros deciden publicar y distribuir, y lo que unos más deciden leer son fenómenos que se relacionan con un modo de encontrarse en un ahí con un tiempo vivido.

### De algunos libros, editores, libreros y lectores por excelencia

Por efecto del carácter destructivo que acompaña a toda conquista, sabemos poco de las dimensiones de la escritura en la época prehispánica, en particular de la obra de aquellos artesanos especializados que eran los tlacuilos; es menos aún lo que sabemos sobre las posibles prácticas de lectura, así fuera sólo entre los grupos más privilegiados. (Cabe recordar que buena parte de aquella cultura se representaba por vía de la oralidad.)

Entre un amplio espectro cultural, con la conquista llegan al continente las aspiraciones de los franciscanos por realizar en este «mundo nuevo» el reino

de los mil años, los afanes de Vasco de Quiroga por poner en práctica la utopía de Tomás Moro y la primera imprenta de América. También desembarcan de ultramar el castellano y el latín, así como las obras que la corona deseaba difundir entre sus súbditos. Momento de fuerzas contrapuestas, pues al mismo tiempo el contrabando infiltraba los libros prohibidos (de astrología, magia, novelas libertinas, Biblias, y algunos títulos de ciencia y de filosofía)<sup>8</sup> y la autoridad virreinal mandaba incautar las ediciones franciscanas de textos de la doctrina cristiana en náhuatl.

De las casas de los primeros impresores novohispanos, como Juan Pablos, Antonio de Espinosa y Pedro Ocharte, salió un caudal de títulos de carácter religioso, aunque también se dio cabida a tratados de medicina, aritmética y física, y textos filosóficos de fray Alonso de la Veracruz. La lectura como recepción cultural tiene dos vertientes: como medio de difusión de los principios elementales de la nueva doctrina y la de obras eruditas para quienes dominan el castellano y el latín. Los grandes escritores y pensadores de la Nueva España son, como sucede siempre, grandes lectores. Sor Juana uno de ellos, confiesa parte de su camino intelectual: «proseguí, digo, a la estudiosa tarea... de leer y más leer, de estudiar y más estudiar, sin más maestro que los propios libros....»,<sup>9</sup> y el padre Calleja habrá de reconocer que «su quitapesares era su librería, donde se entraba a consolar con cuatro mil amigos, que tantos eran los libros de que la compuso...»<sup>10</sup> Socialmente, en la Nueva España el que escribe, sabe; el que sabe, lee. «Prodigios de discreción», los lectores por excelencia son los eruditos.

En el agitado mar de la inestabilidad que es México más allá de la primera mitad del siglo XIX, la República Restaurada (1867-1876) parece un puerto seguro. Sólo entonces se concibió a la cultura como un elemento indispensable para alcanzar la cohesión

7 Marta Gallo, "Paradigmas culturales: la temporalidad", en *Sor Juana y su mundo*, Universidad del Claustro de Sor Juana, México, 1995, p. 148.

8 O. Paz, "Sor Juana Inés de la Cruz o las trampas de la fe", en *Obras completas*, FCE. México, vol. 5.

9 Sor Juana Inés de la Cruz, "Respuesta a sor Filotea de la Cruz", en *Obras completas*, Porrúa, México, p. 831.

10 Citado por O. Paz en *op. cit.*, p. 297.

nacional. Se vislumbraba el primer periodo de paz en el México independiente, y ello permitía atender la creación intelectual a pesar de las dificultades económicas; se hicieron esfuerzos para que la actividad intelectual dejara de ser espacio de pugna entre grupos con intereses distintos para orientarla a la consecución de la homogeneidad cultural e ideológica del país.

Bajo la inspiración y dirección de Ignacio Manuel Altamirano las «tertulias literarias» tenían la finalidad de abrir espacios para el desarrollo, prosperidad y difusión de la literatura mexicana, sobre todo entre la juventud. En 1869, reciente auge cultural impulsó a Altamirano a fundar la revista *El Renacimiento* para dar cabida a los temas mexicanos en las áreas de la crítica, la creación y la investigación mediante colaboraciones de representantes de todas las tendencias. *El Renacimiento* expresaba así el deseo de unidad y conciliación –por medio de la modernización, la tolerancia y el cosmopolitismo– de los artistas de una sociedad hasta antes fragmentada.<sup>11</sup>

Altamirano también pretendió llevar la renovación al ámbito de la narrativa; a su crítica de las tendencias que buscaban la imitación de los modelos europeos, añadió la idea de que la novela debiera servir no sólo para entretener, sino también para cumplir una misión patriótica fortaleciendo la conciencia nacional. Sus novelas *Clemencia* (1868) y *La Navidad en las montañas* (1870) fueron un esfuerzo por predicar con el ejemplo.

Poco después, el afán de una cultura nacional incluyó también la búsqueda de una «estética de lo mexicano» que se concretó en la obra de artistas plásticos como José María Velasco, Luis Coto y Salvador Murillo. A partir de este periodo se perfiló, como una de las características de la historia política moderna de México, el uso de la producción

cultural por parte del Estado para apoyar y consolidar la ideología y el sistema político dominantes, casi siempre desde la confianza en la inauguración de un tiempo nuevo.

## De los lectores eruditos a los letrados

A lo largo del siglo XIX, sobre todo en el último tercio, se fue diluyendo la figura del erudito virreinal. El influjo de la modernidad y los afanes que se depositan en la educación pronto edificaron otra figura del lector por excelencia. Entre las últimas décadas del siglo XIX y principios del XX, los que escriben y leen son figuras de un saber humanístico hoy envidiable. «Los letrados», que así se les conocía, se forjaron entre una fuerte tradición liberal y una formación académica fundada en los principios del positivismo; prácticamente todos pasaron por las aulas de la Escuela Preparatoria o sus equivalentes en los estados del país.<sup>12</sup>

La práctica de la lectura en el siglo XIX, y particularmente en el Porfiriato, tuvo en el periodismo uno de sus elementos centrales.<sup>13</sup> En las últimas décadas del XIX sobrevive una ferviente actividad en torno a la publicación y lectura de periódicos: voceros de la pasión que caracteriza al debate político. Entre 1876 y 1896 la lectura de periódicos como *La Patria*, *La Libertad* y *El Tiempo* eran expresión de la polémica entre liberales y conservadores.

En 1896 se inició una nueva etapa del periodismo en México con el surgimiento de *El Imparcial*, que

11 Al respecto ha señalado Adolfo Castañón: «Suena la hora de la tregua y le [sic] restauración, de *El Renacimiento* de una siempre latente Unidad Nacional. Es Ignacio Manuel Altamirano quien, después de las invasiones extranjeras, toca el clarín de la reconciliación...» Cfr. «La literatura y el Estado en México, 1876-1910. Notas y situaciones», en *Revista de la Universidad de México*, Nueva Época, vol. XXXVIII, núm. 13, mayo de 1982, p. 6.

12 Puede suponerse que tanto la Escuela Nacional de Jurisprudencia como los institutos de los estados tenían una clara orientación de corte liberal: «...los liberales sentían la misma necesidad de formar las élites para gobernar al país, y sabían que tenían que combatir la idea de formación que representaban las universidades, por eso optaron por una segunda forma de educación superior. Así nacieron los Colegios de los estados, o los institutos Científicos y Literarios, que representaban el segundo modelo y que se apoyaban en la masonería, para darle un contenido ideológico. Cfr. Jaime Castrejón, «Nacionalismo y universidad», en *El nacionalismo en México*, México, El Colegio de México/El Colegio de Michoacán, 1992, p. 697.

13 Cfr. *Enciclopedia de México*.

introdujo una serie de innovaciones técnicas y de formato; no sólo contó con las ventajas del teléfono y la radio, sino que desplazó los editoriales y dio mayor espacio a la información de noticias, lo que de hecho inauguró en el país la figura del reportero moderno. Además, este diario acogió la práctica de publicar novelas por entregas. Hacia 1907 llegó a tirar 125,000 ejemplares.

En general, los lectores de la época porfirista tenían una marcada preferencia por la novela, en especial la francesa. Una de las librerías más importantes de la época publicaba sólo dos catálogos; uno era el de "Obras de surtido", que agrupaba las obras de moral, lógica, filosofía y psicología, entre otras; el otro era el de "Novelas" (divididas entre españolas y francesas). En cuanto a la literatura nacional una de las obras de mayor éxito editorial fue *Santa*, de Federico Gamboa, de la que se publicaron 5,000 ejemplares en 1903 y otros 3,000 dos años después. También abundaban las lecturas de tipo religioso, como el *Año cristiano o ejercicios de votos para todos los días del año*.<sup>14</sup>

En estrecha relación con los planes de estudio – de clara orientación positivista –, los libros de texto para preparatoria eran en su mayoría obra de autores franceses. Los únicos libros de texto nacionales eran los de historia y geografía de México. En 1894 se publicaron las obras de Justo Sierra *Catecismo de historia patria* y *Elementos de historia patria* (ésta última alcanzó en su quinta edición un tiraje de 5,000 ejemplares).

Los últimos años del Porfiriato vieron el surgimiento de una marcada tendencia antipositivista, además de la del Ateneo de la Juventud, y el gobierno mismo trató de alentar la elaboración de libros de texto por autores mexicanos, aun los de carácter técnico y científico.

El inicio de la Revolución Mexicana coincidió con el nacimiento de la Universidad Nacional. En su discurso inaugural, Justo Sierra ponía énfasis en la orientación de las tareas de los intelectuales del

momento: interés por el estudio de la cultura mexicana y de otras culturas (clásica, francesa, española, inglesa), por nuevos métodos críticos para el estudio de la literatura y la filosofía (en oposición al positivismo), y por el pensamiento universal como una forma de valoración de lo propio.<sup>15</sup>

Al parecer el proceso armado de la Revolución Mexicana no provocó grandes estragos en la práctica de la lectura, antes bien, nuevas editoriales empezaron a configurar un espacio que, como se verá más adelante, no estuvo al margen del influjo nacionalista.

El periodismo, alentado por una libertad de prensa de la que había carecido en el Porfiriato, experimentó una clara expansión. Diarios como *El Noticioso de México* y *La Prensa* (de Francisco Bulnes), *Multicolor*, *Ypiranga* y *La Guacamaya* desataron una fuerte campaña de desprestigio contra Madero. Posteriormente la escisión de las fuerzas revolucionarias se vio acompañada por la creación de por lo menos un periódico de cada facción: *El Monitor* (villista), *Tierra y Justicia* (zapatista), *La Convención* (órgano del gobierno de la Convención, dirigido por Heriberto Frías) y *El Radical* y *El Pueblo* (carrancistas; el último, dirigido por Félix Palavicini).<sup>16</sup>

Luego cobró importancia la necesidad de contar con diarios de cobertura nacional. El mismo Palavicini fundó en 1916 *El Universal* (que tenía un tiraje de 60,000 ejemplares); al año siguiente, con una clara imitación del *Times* neoyorquino, se fundó *Excelsior*; dos años después Salvador Alvarado iniciaría *El Heraldo de México*. Entre las publicaciones periódicas más relevantes se encuentran *Revista de Revistas* y *El Universal Ilustrado* y *Alcancía* (esta última, con la destacada participación de Edmundo O'Gorman y de Justino Fernández, se dio a la tarea de promover la lectura de textos de carácter historiográfico).

Pero la producción de libros era todavía una empresa difícil en México; contribuían a ello el costo del papel, incrementado por las tarifas de importa

14 M. Bazant, "Lecturas del Porfiriato" en *Historia de la lectura en México*, México, Ediciones El Ermitaño/El Colegio de México, 1988.

15 Fernando Salmerón, "Los filósofos mexicanos del siglo XX", en *Estudios de historia de la filosofía en México*, UNAM, México, 1963, pp. 269-322.

16 *Enciclopedia de México*.

ción y el bajo tiraje de las ediciones; de ahí que la producción y distribución se hallaran bajo el monopolio de empresas extranjeras.<sup>17</sup> Espasa-Calpe de España, por ejemplo, controlaba casi toda la importación de libros españoles, cuya distribución en América Latina estaba en manos de las firmas Bouret, Gaumier y Appleton. También para los escritores nacionales las condiciones editoriales resultaban poco alentadoras, como lo muestra el testimonio de Francisco Monterde en relación a los años veinte:

...en México el mismo autor tiene que ser editor de sus obras. No existe una editorial fundada en bases firmes —excepción hecha de la que se especializa en los libros de texto— que vea, como un negocio, la publicación de un libro. Hay libreros que editan por amistad o por conveniencia propia, pero no sobre las bases de un mutuo negocio, ventajoso para el escritor y para ellos. De ahí que los libros que se publiquen sean casi siempre pequeños... porque el autor prefiere imprimir obras que le cuesten menos. Cuando se trata de una novela grande... se ve obligado a imprimirla en papel de ínfima clase o a buscar editores fuera de la República, en los países en donde ya existe cimentado el negocio editorial.<sup>18</sup>

Las preferencias de los lectores mexicanos eran todavía similares a las de la época porfirista. Según un testigo, «el pueblo leía novelas de Miguel Zevaco y versos de Antonio Plaza, ídolo de años anteriores, cuyos libros constituían un acontecimiento nacional; la aristocracia prefería a Zolá, la clase media a *María*, de Jorge Isaacs, que la élite calificó de cursi. La poesía era muy popular: Acuña, Nervo, Díaz Mirón y Urbina eran los preferidos».<sup>19</sup>

Las librerías de la Ciudad de México conservaban muchas modalidades de siglos pasados: eran centro



Estandarte de San Miguel del retablo de la Virgen del Rosario.

de reunión de intelectuales, compartían las funciones de venta con las de edición, impresión o encuadernación, llevaban el nombre de sus propietarios y solían ofrecer otras mercancías aparte de libros. Además del citado “Cajón de Garambullo”, todavía se puede rescatar el perfil de algunas de las librerías y cajones más importantes de la Ciudad de México.

En 1910, tras una larga trayectoria comercial, los españoles José, Indalecio y Francisco Porrúa, reunieron sus esfuerzos en la operación de un bazar dedicado a la venta de muebles y libros usados. La actividad editorial de la firma Porrúa —cuyo emblema del caballero águila fuera diseñado por Saturnino Herrán— comenzó propiamente cuatro años después con la publicación de *Las cien mejores poesías líricas* (antología preparada por Antonio Castro Leal, Alberto Vázquez del Mercado y Manuel Tousaint).

Otra casa importante, la editorial Cúlvra, se fundó en 1916 con la publicación de obras de José

17 Lejos de ser exclusiva de México, esta situación era común en toda América latina. Cfr. Claude Fell, *José Vasconcelos. Los años del águila (1920-1925)*, traducción de María Palomar, UNAM, México, 1989.

18 Citado por Víctor Díaz Arciniega en *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-19994)*, FCE, México, 1994, p. 30.

19 Engracia Loyo, “La lectura en México, 1920-1940”, en *Historia de la lectura en México, op. cit.*, p. 245.

Vasconcelos y de Antonio Caso; esta editorial llegó a tener un promedio de producción –alto para la época– de 10 títulos por año.<sup>20</sup>

A un costado de la afamada papelería “La Pluma Fuente”, se ubicó el establecimiento del comerciante español Enrique del Moral, la Librería General. De apariencia distinta al local de Garambullo, esta librería sustituyó el tradicional mostrador por estantes seccionales y mesas y sillas para sus visitantes; se distinguió además porque su dueño la concibió también como sala de conferencias, y era frecuentada por Antonio Caso, Alfonso Cravioto, Saturnino Herrán, Manuel Toussaint y Antonio Castro Leal. Al cambiar de dueño, en 1915, se llamó Librería Biblos.

También de origen español, Pedro Robredo Galguera llegó a México en 1899 y se había asociado en un principio a la librería de los hermanos Porrúa. En 1918, ya separado de ellos, se estableció en la actual calle de Argentina para fundar la Librería Robredo, que realizó una intensa labor de compra-venta de libros mexicanos antiguos; publicó la primera edición facsimilar, entre otras, de *Grandeza mexicana* de Bernardo de Balbuena. En 1934 Pedro Robredo traspasó su librería a José Porrúa.<sup>21</sup>

Por un hecho más bien circunstancial el también español Andrés Botas iba a convertirse en uno de los libreros y editores más importantes de la época. Luego de un negocio poco afortunado, Andrés Botas había logrado establecer un depósito de puros en la actual calle de Bolívar, cuando un amigo suyo (radicado en Barcelona) le pidió que vendiera varias cajas de libros de las cuales quería deshacerse. En esta ocasión don Andrés tuvo éxito, y en 1907 la tabaquería se convirtió en la Librería Botas, la cual quedaría a cargo de su hijo Gabriel en 1910. Seis años después la librería iniciaba una exitosa tarea editorial publicando obras de Mariano Azuela, Federico Gamboa, Julio Jiménez Rueda, Mauricio Magdaleno y José Vasconcelos. En 1943 la librería se cambió a la calle de Justo Sierra. Gabriel Botas murió en 1968 y el negocio pasó a manos de su hijo Andrés, quien se retiró 20 años después. Actualmen-

te existen la librería Andrés Botas, en Justo Sierra 52, y la librería México, en Palma y Donceles.<sup>22</sup>

Otra importante casa editorial fue la Librería Bouret, cuyo origen se debe a una familia de libreros franceses que se trasladaron a México hacia 1819. La familia Bouret tenía en París una imprenta en la que publicaba libros de tema mexicano en español; para 1858, la Librería de Rosa y Bouret era una de las más prestigiadas de la Ciudad de México. En 1892 ocupó un local en la esquina de Refugio y Puente del Espíritu Santo (hoy 16 de septiembre y Bolívar), pero en 1921, ya como Librería de la Vda. de Ch. Bouret, se ubicaba en el que fuera su domicilio permanente: Cinco de Mayo, número 14.

Hasta esa fecha Bouret seguía siendo una de las principales distribuidoras de los libros de texto franceses para preparatoria, pero también podían adquirirse en ella la *Geografía elemental* de Ezequiel Chávez, *Prosas* de Manuel Gutiérrez Nájera, *Memorias de mis tiempos* de Guillermo Prieto o *México viejo* de Luis González Obregón. Sin embargo, debido a las dificultades comerciales originadas por la primera guerra, la Librería Bouret se asoció con la librería y editorial El Libro Francés (empresa creada en 1922 para hacer frente al predominio del libro español); de dicha asociación surgió la Sociedad de Edición y Librería Franco Americana (Antigua Librería de Bouret y Libro Francés Unidos). Inevitablemente la sociedad fue liquidada a principios de los años treinta, dando lugar a dos nuevas casas comerciales: Ediciones Águilas y Editorial Patria.<sup>23</sup>

Un puesto de libros usados que luego se transformó en librería y editorial es el de Jesús Estanislao Medina. En 1920 estableció un puesto de revistas usadas y libros viejos en el mercado El Volador. Ocho años después se trasladó a un local en la Calle de Seminario, donde inauguró la Librería El Volador. Para conseguir sus mercancías solía asistir a las «pujas» de libros usados del Monte de Piedad o a La Lagunilla. Con el paso del tiempo se dio a la tarea de editar obras como *Ensayo bibliográfico mexi-*

20 Engracia Loyo, *op. cit.*

21 Juana Zahar V., *op. cit.*

22 *Op. cit.*

23 *Op. cit.*

cano del siglo XVII de Vicente P. Andrade, *La ciudad de México* de José María Marroquí y *Sumaria relación de las cosas de la Nueva España* de Baltazar Dorantes de Carranza. Don Jesús Medina murió en 1986, pero la librería aún funciona en el mismo domicilio.

Otro locatario de El Volador, Enrique Navarro, estableció en 1930, en la misma calle de Seminario, la Librería Navarro. Al correr de los años destacaría por su labor como editor de obras de temas sociales. Entre 1933 y 1953 publicó Ediciones de Frente Cultural y llegó a sacar a la luz un libro por semana. Entre 1953 y 1973 publicó las colecciones Ediciones Pavlov, Navarro Libro-Mex, Biblioteca de Historia, Cultura y Problemas de México y Colección Navarro. Entre sus títulos destacan *El manifiesto del partido comunista*, *El capital*, *El origen de la familia*, *La sociedad primitiva* de Lewis Morgan, además de varios títulos de Lenin y de Stalin. También editó obras de historia de México: *Historia del Tribunal del Santo Oficio de la Inquisición en México* de José Toribio Medina, *Historia antigua de las culturas aborígenes de México* de Manuel Orozco y Berra, el *Diccionario de aztequismos* y el *Diccionario de mitología nahuatl* de Cecilio A. Robelo.<sup>24</sup> Solían reunirse en la Librería Navarro, Vito Alessio Robles, Vicente Lombardo Toledano, Diego Rivera, David Alfaro Siqueiros, Agustín Yáñez, Arqueles Vela, Andrés Henestrosa, César Vallejo, Luis Cabrera y Rosendo Salazar.

Hacia la segunda década del siglo los lectores de las clases altas mantenían su preferencia por autores franceses –aunque comenzaban a ponerse de moda poetas de habla inglesa como Keats y Shelley. Los estudiantes de preparatoria, en cambio, leían a los clásicos editados por la Universidad, literatura española y latinoamericana (Santos Chocano y Rómulo Gallegos); también manifestaban interés por la historia y la filosofía (Nietzsche y Schopenhauer) e inquietudes por lecturas relacionadas con la Rusia de la época (Kropotkin, Marx, Lunacharsky), o bien, obras de Gorki, Tolstoi y Dostoievsky. Junto a

estas lecturas, el impulso de la identidad nacional aumentó el interés por lo mexicano, prueba de ello es la buena recepción que tuvo la producción de lo que se llamaría «novela de la revolución».<sup>25</sup>

En general la poesía mexicana mantenía su preferencia entre gran número de lectores, pero también continuaría la buena recepción de la novela de la revolución y de obras de la corriente literaria colonialista (tema que seguramente estuvo asociado al auge del comercio de libros viejos al que se dedicaban muchas librerías y puestos en mercados).

También surgieron nuevas revistas. Una de ellas, de clara filiación cristera, *Dios Es Mi Derecho*, generó como reacción el surgimiento de *El Machete* (en la que participaban Orozco, Rivera y Siqueiros), que luego se convertiría en órgano del Partido Comunista Mexicano. Otras publicaciones nuevas fueron *México Moderno*, *La Falange* y *Contemporáneos*. En 1922 apareció *Jueves de Excelsior*, que sin atender demasiado a la literatura presentaba información gráfica mundial y notas taurinas, sobre moda y cine; a mediados de la década se convirtió en vocero oficial del gobierno destacando las obras de la administración de Plutarco Elías de Calles y de sus sucesores.<sup>26</sup>

Es también la época del proyecto vasconcelista, que otorgó a la promoción de la lectura un papel fundamental. Pocas personalidades intelectuales han resultado tan polémicas como la de José Vasconcelos,<sup>27</sup> pero es indudable que su proyecto cultural, además de sus notables esfuerzos para sentar las bases del desarrollo cultural nacional, resultó de especial importancia por el impulso a la producción editorial y a la promoción de la lectura, con lo que se inició la importante labor editorial de la Secretaría de Educación Pública.

También Vasconcelos trató de anticipar la orientación de tareas fundamentales para los años siguientes: resucitar la tradición cultural mexicana en sus mejores expresiones (danzas, cantos y artes popula-

24 Miguel León-Portilla y Jorge Gurría L. han consignado la importancia bibliográfica de estas publicaciones en relación con el interés por la historia de México; cfr. *Las humanidades en México, 1950-1970*, UNAM, México, 1978, *op. cit.*, pp. 16-90.

25 Engracia Loyo, *op. cit.*

26 La edición de revistas literarias ha sido siempre uno de los mejores escaparates para analizar algunas de las manifestaciones de la cultura en México; cfr. José Luis Martínez, *La literatura mexicana del siglo XX*, CNCA, México, 1990.

27 Cfr. Claude Fell, *op. cit.*

res) y difundir las producciones del arte universal. Destaca su énfasis práctico. Una de sus influencias más importantes es la del pragmatismo del filósofo y pedagogo norteamericano John Dewey.<sup>28</sup> Otra importante fuente de inspiración lo constituyen algunas líneas del proyecto educativo y cultural que entonces se ponía en marcha en la Unión Soviética bajo la dirección de Lunacharski. Pero Vasconcelos estaba consciente de las semejanzas y diferencias entre la realidad soviética y la mexicana; así, mientras en aquel país se editaba profusamente a los clásicos rusos, él se decidió por la edición y difusión de los clásicos grecolatinos para contribuir a formar una base cultural universal sobre la cual se erigiera la cultura mexicana.<sup>29</sup>

Con una nueva estructura organizativa (la Secretaría de Educación Pública quedó integrada por tres departamentos: el Escolar, el de Bibliotecas y Archivos, y el de Bellas Artes), se llevaron a cabo los programas de promoción del arte, el de ediciones, el de bibliotecas y la campaña de alfabetización; todos ellos con un carácter integral sin equivalente posterior.

En la década de los treinta se produjeron algunas modificaciones importantes. Al menos durante la primera etapa del régimen de Calles disminuyó la importancia de la campaña de alfabetización, mientras que la política editorial desplazó los textos clásicos y la literatura en favor de lecturas de carácter nacionalista, informativo, práctico y didáctico. Sólo en los libros de texto puede identificarse cierta continuidad:

...los libros de texto eran el mejor negocio para las editoriales particulares que compraban los originales a los autores a precios irrisorios y luego recogían las ganancias elevadas al cubo en varias ediciones y reimpresiones. Los libros de lectura, algunos de ellos en uso desde hacía varios años, como las obras de Gregorio Torres Quintero, Enrique Rébsamen, Luis Manilla, y muchos otros

eran publicados por Botas, Herrero, o Ch. Bouret.<sup>30</sup>

También cambiaron las condiciones que hasta antes habían dificultado el desarrollo de la industria editorial nacional: en España la guerra civil casi eliminó temporalmente la producción de libros; además se fundó la Compañía Productora e Importadora de Papel, la cual no sólo disfrutó los beneficios del subsidio gubernamental sino también la exención de impuestos y de tarifas aduanales.

Además de una importante producción de «lecturas para el proletariado», la producción editorial se vio influida por el nacionalismo cultural, lo cual se tradujo en el renacimiento por la lectura de obras históricas, la preferencia por autores nacionales y el auge de obras de carácter histórico y de economía política.

Ediciones Botas inició su colección Gentes de México, que incluyó a autores como el Dr. Atl, Ferretis y José Vasconcelos, cuyo *Ulises criollo* se convirtió en una de las obras más leídas. La Antigua Librería Robredo publicó su Biblioteca de Historia Mexicana de Obras Inéditas, en la que incluyó las obras de Sahagún y de Diego de Landa; a finales de los años treinta esta colección contaba con 25 volúmenes.<sup>31</sup> Editorial Porrúa sacó a la luz la Enciclopedia Mexicana; mientras que Pedro Robredo alcanzaba un notable éxito editorial con la reedición de la *Verdadera historia de la conquista de la Nueva España*. Al mismo tiempo, se experimentó un marcado renacimiento de la investigación y edición de obras históricas, a cuya difusión contribuyeron la ya mencionada revista *Alcancía* y la Biblioteca de Historia, dirigida por Carlos Pereyra.

Además del Fondo de Cultura Económica, a finales de esta década se integraron nuevas empresas a la producción editorial: EDIAPSA (que lanzó la importante Colección de Autores Mexicanos), Editorial Atlante (luego Grijalvo) y UTHEA. Muchas lecturas llegaban a México de Argentina, sobre todo de Edi-

28 Cfr. *Antología de Moisés Sáenz*, selección y prólogo de Gonzalo Aguirre Beltrán, Oasis, México, 1970.

29 Claude Fell, *op. cit.*

30 Engracia Loyo, *op. cit.*, p. 268.

31 Miguel León-Portilla y Jorge Gurriá L., *op. cit.*

torial Lozada, que envió la colección Las Grandes Novelas de Nuestra Época; mientras que Espasa-Calpe de España, como consecuencia de la guerra civil se trasladó a Argentina, desde donde exportó a México la Colección Austral, que para 1940 llegaba a 150 títulos, tres de ellos de autores mexicanos: Sor Juana Inés de la Cruz, Ignacio Altamirano y Artemio del Valle-Arizpe.

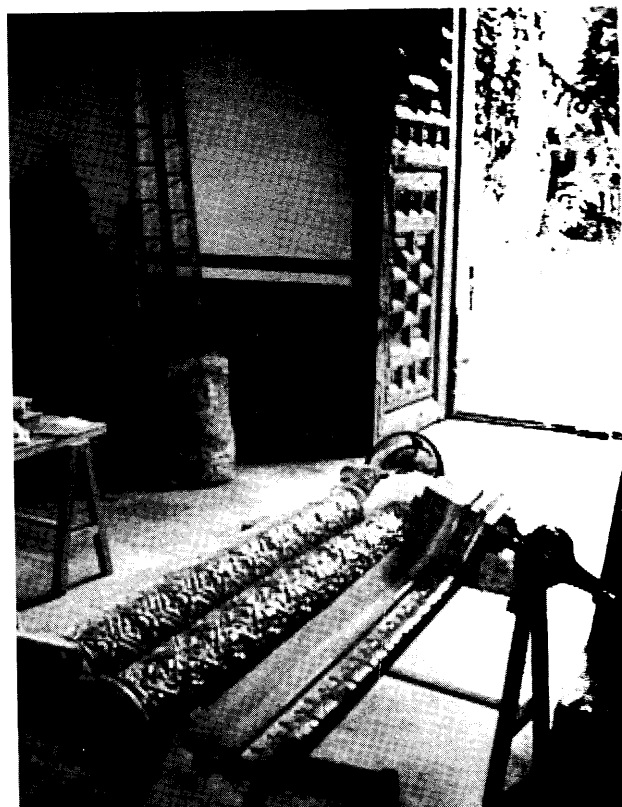
Nuevos periódicos y revistas se sumaron al fenómeno de la lectura. Apareció la publicación *Readers's Digest. Selecciones* y las revistas *Taller* (que aunque de corta vida agrupó a toda una generación de poetas), *Frente a Frente* (de la Liga de Escritores y Artistas Revolucionarios), *Síntesis*, *Ábside* (dirigida a lectores de tendencia conservadora), *Futuro* (que dirigida por Lombardo Toledano emprendió una campaña contra los casinos y casas de juego, además de informar a los lectores mexicanos sobre la amenaza del avance del fascismo) y *Hoy* (de tendencia anticardenista que tenía entre sus colaboradores a Vasconcelos, Samuel Ramos y Salvador Novo).

Aunque también nació en 1939 el diario *Novedades*, uno de los empresarios más exitosos en el ramo fue José García Balseca, que inició la publicación de la tira cómica *Paquito* (que de sus 5,000 ejemplares iniciales llegó a alcanzar un tiraje de 320,000), a la que siguieron *Mujercitas*, *Manos Arriba*, *Farsa* y *Chanoc*. Poco después fundó el diario deportivo *Esto* y luego las cadenas de *soles* y *heraldos* en el interior de la república.<sup>32</sup>

Por lo que respecta a la política editorial oficial cabe destacar el nuevo impulso que el cardenismo dio a la alfabetización, a la publicación de obras tendientes a crear un ambiente favorable a la introducción de la educación socialista, la lectura de textos de doctrinas sociales y del marxismo (en 1936 se organizó una feria del Libro Revolucionario).<sup>33</sup> Además de la importante revista *El Maestro Rural*, la Secretaría de Educación Pública se dio a la tarea de difundir la Biblioteca de Ciencias Sociales.

<sup>32</sup> Engracia Loyo, *op. cit.*

<sup>33</sup> Como podrá apreciarse en las referencias bibliográficas de la época, la mayor parte de las publicaciones de textos sobre marxismo llegaban a México provenientes de Argentina.



Columnas superiores del retablo de Juan Correa.

## De cómo cambiaron la lectura de los tiempos, los libros y los lectores

El ímpetu del nacionalismo comenzó a ceder ante la fuerza de diversos factores que determinaron la configuración de nuevos públicos: el surgimiento de la cultura urbana de masas, la influencia de los medios masivos en la difusión de nuevos estilos populares y comerciales y la explotación económica de productos musicales. «A principios de los cuarenta, la música culta libraba su última batalla para llegar a todos los públicos con su oferta sonora de un México noble, heroico, grandioso e ideologizado»<sup>34</sup>. La música nacionalista siguió difundándose pero ya no como la expresión estilística que la había caracterizado en su origen, sino en su función simbólica

<sup>34</sup> Yolanda Moreno Rivas, «Los estilos nacionalistas en la música culta: aculturación de las formas populares», en *El nacionalismo en el arte mexicano (IX Coloquio de Historia del Arte)*, UNAM, México, 1986, p. 63.

y emblemática, como complemento ideológico del Estado, como retórica cultural y figura exportable.

También en la danza se experimentaron situaciones nuevas. A finales de la década de los años cincuenta que, del mismo modo que sucedió en otros campos de la cultura y el arte mexicanos, al agotamiento del nacionalismo lo acompañó la apertura hacia el exterior: «En 1957-1958 la danza mexicana es reconocida en todo el mundo pero los bailarines mexicanos regresan deseando algo más que mexicanismo, que nacionalismo. En el Ballet Nacional de México comienzan las revisiones, los cuestionamientos».<sup>35</sup>

El tiempo y el espacio comenzaban a parecer distintos. De acuerdo con Jorge Alberto Manrique, si la Reforma había sido una época nacionalista, de diferenciación de la cultura occidental, el Porfiriato sería un movimiento inverso: una época de apertura al exterior y de asimilación de patrones europeos, en la que artistas como José Guadalupe Posada y Manilla serían representantes de una especie de contracultura porfiriana, y Saturnino Herrán un claro antecedente del nacionalismo en la plástica. El México posrevolucionario representaría el movimiento de vuelta hacia el interior, de regodeo en lo propio.<sup>36</sup> Éste, a su vez, se agotaría hacia la década de los años cuarenta y cincuenta.

Una idea semejante es sugerida por Gabriel Zaid<sup>37</sup> cuando propone visualizar el papel de la cultura mexicana en tres momentos históricos. El primero de ellos corresponde a 1768 y coincide con la expulsión de los jesuitas: ese año la corona española decidió cortar las aspiraciones intelectuales de una cultura criolla mexicana; si bien el proyecto cultural criollo no se perdió del todo, pues animó en buena medida el movimiento de independencia, perdió continuidad de autoconciencia ante la dispersión y militancia política de las primeras décadas del siglo

XIX. El segundo momento corresponde a 1868 y está marcado por el origen de la cultura oficial. El tercero, siguiendo el criterio seglar, correspondería a 1968, y se caracteriza por la crisis de la cultura oficial. Estos tres momentos expresan con cierta claridad la posición de los intelectuales frente a la cultura dominante.

Suele distinguirse, a partir del inicio del movimiento armado de 1910, la sucesión de cuatro generaciones de intelectuales mexicanos cuya relación con el Estado define en buena medida la valoración de la cultura y, como parte fundamental de ésta, la representación del pasado. Aún con las reservas pertinentes, puede seguirse la forma en que Enrique Krauze<sup>38</sup> traza el perfil de la cuarta de esas generaciones.

La generación de intelectuales nacidos entre 1920 y 1935 recibió el nombre de la generación de Medio Siglo (título de la revista fundada por ellos), y se le considera la más homogénea. Si muchos de sus integrantes participaban aún de los elementos nacionalistas e ideológicos del cardenismo, su entusiasmo se convirtió en escepticismo, incertidumbre y sentido de la fatalidad por la experiencia de la Segunda Guerra Mundial y la bomba atómica.

En octubre de 1945 los miembros de esta generación organizaron un congreso para analizar la Revolución Mexicana; análisis que se tradujo en crítica. Aunque no se dijo que la Revolución había muerto, se hizo referencia a la inmoralidad, a las necesidades insatisfechas, al nacionalismo y a la confusión ideológica.

Como expresión de los últimos tributos rendidos al nacionalismo, algunos miembros del grupo —señala Krauze— continuaron el proceso de autoconocimiento de lo mexicano, ya por la influencia del pensamiento de José Ortega y Gasset —a través de José Gaos— o de la filosofía fenomenológica contemporánea (Edmund Husserl). Los resultados se aprecian

35 Alberto Dallal, "El nacionalismo prolongado: el Movimiento Mexicano de Danza Moderna" (1940-1955), en *El nacionalismo en el arte mexicano...*, op. cit., p. 344.

36 J. A. Manrique, "Las contracorrientes de la pintura mexicana", en *El nacionalismo en el arte mexicano...*, op. cit.

37 Gabriel Zaid, "Tres momentos de la cultura en México", en *Plural*, México, núm. 43, abril de 1975, pp. 10-16.

38 Enrique Krauze, "Los templos de la cultura", *Los intelectuales y el poder en México*, Roderic A. Camp, Charles A. Hale y Josefina Vázquez (editores), México, El Colegio de México/UCLA Latin American Center Publications, University of California, 1991, pp. 583-605.

en las obras Emilio Uranga (*Análisis del ser del mexicano*) y de Jorge Portilla (*Fenomenología del relajó*).

El momento de cierre y de regodeo en lo propio – de acuerdo con la caracterización de Jorge Alberto Manrique– parecía llegar a su culminación y se advierte la inminencia del momento de apertura: «Los temas nacionalistas se agotan y apunta un horizonte cosmopolita».<sup>39</sup> Desde la perspectiva de Krauze, la apertura estaría favorecida por dos elementos: la bonanza económica y el «crepúsculo nacionalista».

Como parte de la apertura destacan el apoyo a la investigación y a la difusión de la cultura, así como la posibilidad de financiar viajes al exterior para la formación de intelectuales; así, algunos de ellos tuvieron acceso a las nuevas metodologías de la historiografía francesa (Fernand Braudel), a los planteamientos filosóficos de Jean Paul Sartre, Merleau Ponty y Albert Camus, o a las nuevas propuestas sociológicas de Gurvitch. «De vuelta a México los acoge la institución clave de la cultura a partir de 1950: la UNAM. Por primera vez el intelectual puede dedicarse profesionalmente a su disciplina sin sacrificar tiempo a la burocracia, el periodismo, la abogacía, la diplomacia».<sup>40</sup>

También en esta década parece consolidarse la sustitución de la figura del «letrado» por la del «intelectual», proceso que se había iniciado con el Ateneo de la Juventud y con la creación de la Universidad Nacional:

José Emilio Pacheco concluiría el análisis diciendo que los del Ateneo fueron los primeros que se consideraron a sí mismos intelectuales y ya no 'letrados', 'bohémios', ni 'pensadores'; los primeros que son en conjunto e individualmente producto de la universidad; que se vieron como una generación con una tarea común y una personal; que sin prescindir de la indispensable lengua francesa, supieron inglés... Fueron también los primeros 'latinoamericanos'.<sup>41</sup>

39 E. Krauze, *op. cit.*, p. 596. Una corrección pertinente a estas líneas de Krauze: también El Colegio de México promovió viajes de estudio al extranjero y varios de esos investigadores regresaron después a esa institución académica.

40 E. Krauze, *op. cit.*, p. 597.

41 Víctor Díaz Arciniega, *Historia de la casa. Fondo de Cultura Económica (1934-1994)*, México, 1994, pp. 31-32.

Algunos integrantes de la generación de medio siglo radicalizaron y reorientaron su postura hacia la izquierda, entre ellos, Víctor Flores Olea, Enrique González Pedrero y Luis Villoro; un paso en esa dirección fue la participación de algunos de ellos en la formación de una agrupación política independiente (el Movimiento de Liberación Nacional). Varios de ellos se unieron a la simpatía por los movimientos populares. Su labor más importante, sin embargo, se condensó en una producción cultural –sin precedentes desde 1921, de acuerdo con Krauze–, caracterizada por su sentido crítico, el rigor, la pluralidad y el profesionalismo en las artes, la ciencia y las humanidades.

Los espacios también se transformaron. Ni la creación del Instituto Politécnico Nacional (que en 1937 inaugura su sede al norte de la Ciudad de México) ni el Instituto Nacional de Antropología (radicado en el bosque de Chapultepec, en 1939) habían afectado la traza cultural de la Ciudad de México. Hasta 1954 la zona en la que tradicionalmente se habían concentrado los espacios culturales más importantes tenía una extensión bien delimitada:

La ciudad era pequeña, los lugares de reunión para intelectuales eran pocos (Mascarones, el Fondo de Cultura Económica y El Colegio de México, el barrio universitario en el centro de la ciudad, y media docena de librerías, cafés, y restaurantes distribuidos casi en línea recta entre la Plaza de la Constitución y Santa María la Rivera; escasos tres kilómetros de largo por uno de ancho), las casas editoriales "interesantes" se contaban con una mano (Séneca, Porrúa, Robredo, Botas, Nuevo Mundo, Universidad Nacional y algunas más) y las publicaciones periódicas contaban con una plantilla de colaboradores reducida que se intercambiaba con frecuencia (*Letras de México, Ruta, Tierra Nueva, Revista de Literatura Mexicana, Romance, Letras de México, El Hijo Pródigo* y varias más).<sup>42</sup>

Pero a partir de ese año el centro la Ciudad de México, en especial el «barrio universitario» se convirtió en una referencia a la tradición: la UNAM se trasladó a sus nuevas instalaciones de la Ciudad

42 *Op. cit.*, p. 310.

Universitaria. Dicho cambio marcó la importancia que iba a tener Difusión Cultural de la UNAM, pues ésta fue durante mucho tiempo la vanguardia en cuanto a expresión de la cultura se refiere:

Se amplía el club exclusivo que lee a Musil y Pavese, contempla a Fritz Lang y Eisenstein, escucha a Berg y a Charlie Parker y Miles Davis, se regocija con la idea de teatro como diversión sin envolturas morales. En los ocho años (1953) de Nabor Carrillo como rector y Jaime García Terrés como Director de Difusión Cultural, y en el primer periodo del rector Ignacio Chávez (1961-1965), la vanguardia se concentra en la UNAM.<sup>43</sup>

Además de las actividades de "Poesía en Voz Alta", la *Revista de la Universidad* se convertía en una publicación «festiva y cosmopolita», al tiempo que daba cabida al compromiso político; Radio UNAM difundía la nueva música culta y una prodigiosa información internacional. En la Casa del Lago, el grupo de Tomás Segovia, Juan García Ponce, Juan Vicente Melo, José de la Colina, Inés Arredondo, Huberto Batis, y de los pintores no figurativos (Vicente Rojo, Manuel Felguérez, Lilia Carrillo, Fernando García Ponce) elegía autores y tendencias en forma beligerante proclamando el fin del nacionalismo cultural. En aquél lugar se impartían también conferencias sobre temas que entonces se consideraban imprescindibles: marxismo, psicoanálisis, arte moderno, música dodecafónica, además de sesiones de jazz, cine de arte y teatro experimental.

Difusión Cultural de la UNAM resulta, en años sin libertad de expresión política y artística, algo equivalente al 'territorio libre' donde los afanes colectivos de estar al día reducen al mínimo la censura. En el esquema, lo político ocupa un lugar muy reducido, pero en rigor es determinante el desprecio por la cultura oficial, sus inercias y sus cortesías, que hacen del gobierno en turno la fuente de los dogmas implícitos y del explícito: el rechazo a cualquier disidencia, la que existe y la que hay que desaparecer antes de que nazca. Por eso no creo exagerar en ver en la UNAM, antes del auge de la industria cultural, el mayor espacio formativo del público nuevo.<sup>44</sup>

43 C. Monsiváis, "La difusión cultural en la UNAM", en *Nexos*, número 18, abril de 1990, p. 34.

44 Carlos Monsiváis, *op. cit.*, p. 35.

Ese público nuevo, distinto al del nacionalismo cultural pudo conocer también nuevas formas de leer el presente mexicano. Artículos, ensayos e investigaciones en los campos de las ciencias sociales, la política y la antropología, desarmaron el tono triunfalista y modernizador de un discurso que veía en la Revolución Mexicana la génesis del progreso, la consecución de la justicia social y la ampliación de las libertades: un discurso que tendía a proyectar el presente hacia un futuro interminable.

A lo largo de los años sesenta aparecieron otros programas y declaraciones que en el mismo tono o más radicales aun que el del MLN,<sup>45</sup> trataban de encauzar una serie de movimientos sociales o laborales (magisterio, ferrocarrileros, médicos) que venían desde finales de los años cincuenta. También las cámaras empresariales (en una especie de pronóstico en torno al próximo endurecimiento del gobierno mexicano con la designación de Gustavo Díaz Ordaz) firmaron un desplegado con el título «¿Por cuál camino, señor Presidente?»; se trataba de una dura crítica a la política económica de Adolfo López Mateos.

Ya se había publicado una serie de ensayos en los que la Revolución ya no aparecía como la gesta fundacional del presente, sino como una etapa que había concluido su ciclo vital y necesariamente tendría que dar paso a una nueva época.<sup>46</sup> A los ensayos y artículos se sumaron varias investigaciones que mostraban no sólo una lectura desalentadora del presente, sino que insinuaban un nuevo horizonte de espera o, por lo menos, otros puntos de referencia. Pablo González Casanova puso en duda uno de los valores que formaban parte de la legitimación del Estado; *La democracia en México*<sup>47</sup> mostró los resultados de una compleja investigación que cuestionaba agudamente las bases, características y confiabilidad

45 El MLN se fundó el 4 de agosto de 1961 como resultado de la Asamblea Nacional de las Fuerzas Democráticas.

46 Entre los de mayor resonancia destacan: Daniel Cosío Villegas, "La crisis de México", en *Cuadernos Americanos*, vol. XXXII, marzo-abril de 1947; y Jesús Silva Herzog, "La Revolución Mexicana es ya un hecho histórico", en *Cuadernos Americanos*, vol. LXVII, septiembre-octubre de 1949.

47 Pablo González Casanova, *La democracia en México*, Era, México, 1967.

del sistema electoral mexicano. A las críticas desde la mirada de lo político se sumó el señalamiento sobre las deficiencias del mecanismo de distribución de la riqueza del modelo económico puesto en marcha a principios de los años cuarenta.<sup>48</sup> En un estudio elaborado desde la bipolaridad campo-ciudad, tradición-modernidad, el antropólogo norteamericano Oscar Lewis publicó una obra que iba a provocar fuertes controversias y que él mismo parecía prever en la Advertencia a la edición en español de *Antropología de la pobreza*:

El trabajo de un antropólogo norteamericano que escribe sobre la pobreza del México moderno, especialmente en que la masa media proclama orgullosa las conquistas logradas por la Revolución mexicana, puede ser mal vista por algunos de sus amigos mexicanos. Por ello deseo recordar al lector que este libro ha sido escrito con el espíritu científico de la antropología que es, en su naturaleza intrínseca, el espejo del hombre.<sup>49</sup>

En esta obra Lewis distinguía claramente un corte cronológico de la historia de México a partir de 1940, momento en el cual —señala— disminuyó sensiblemente el ritmo de la transformación social y del reparto agrario y, en cambio, se aceleró el proceso de industrialización. Entre los cambios que ello produjo el ámbito de la cultura, sobre todo entre las nuevas clases medias, Lewis enfatizó la adopción de modelos norteamericanos que se apreció desde entonces en la publicidad, en la programación televisiva, la difusión del comercio a través del supermercado (popularizado por las tiendas *Woolworth* y *Sears Roebuck y Cía.*), así como la adquisición de bienes de consumo americanos (ropa, zapatos). Del mismo modo, el incremento de empleados en fábricas y oficinas popularizó el «almuerzo rápido» desplazando a la comida en el hogar y la siesta. Se difundió la costumbre de la cena de pavo relleno, de

los árboles de Navidad y los regalos del 25 de diciembre, que empezaron a coexistir o sustituir a las costumbres de los nacimientos y los regalos del 6 de enero. La enseñanza del idioma inglés como segunda lengua en las escuelas, en sustitución del francés, fue también un hecho significativo.<sup>50</sup>

Pero el nexo entre este tipo de lecturas y sus lectores implicó la configuración de un panorama editorial distinto. De las editoriales antes señaladas sólo el Fondo de Cultura Económica, a pesar de sus múltiples dificultades, logró mantenerse como una empresa sólida, y la década de los sesenta vio el surgimiento de nuevas casas editoras.

El Fondo de Cultura Económica se había fundado en 1934 con la finalidad de producir un fondo editorial que eliminara la carencias de obras del pensamiento económico en México (un proyecto al que Jesús Silva Herzog y Daniel Cosío Villegas, entre otros, habían orientado notables esfuerzos que se asociaron también a la fundación de la Escuela Nacional de Economía).<sup>51</sup> A partir de 1948, Arnaldo Orfila había sustituido a Cosío Villegas en la dirección de la editorial, cargo que desempeñó hasta 1965, cuando el endurecimiento del régimen de Díaz Ordaz forzó su salida. Como contrapartida, el lamentable suceso dio lugar al nacimiento de una nueva editorial:

[Siglo XXI Editores] Se funda en 1966 como resultado de una reunión de intelectuales para desagrar al Dr. Arnaldo Orfila Reynal, exdirector del Fondo de Cultura Económica. Su capital inicial se integró con aportaciones de 300 accionistas que surgieron de ese grupo de intelectuales. Sus fines son publicar libros de alto nivel en el área de ciencias humanas, sobre todo con miras al mercado latinoamericano.<sup>52</sup>

Jaime Labastida ha hecho hincapié en el espíritu crítico con el que nació la nueva editorial, que es «por definición, vocación, capital y objetivo, una empresa mexicana, que busca elevar el nivel crítico

48 Uno de los primeros estudios sistemáticos en este campo es el de Roger Hansen *La política del desarrollo mexicano*, publicado, tanto en inglés como en español en 1971. La edición en español es de Siglo XXI Editores.

49 Oscar Lewis, *Antropología de la pobreza. Cinco familias*, traducción de Emma Sánchez R., FCE, México, 1961.

50 O. Lewis, *op. cit.*

51 Cfr. Víctor Díaz Arciniega, *op. cit.*

52 Información proporcionada por Olga Ramos Barrera, secretaria de la Dirección y Gerencia General de Siglo XXI Editores, por medio de correspondencia al autor (3 de octubre de 1996).

y la capacidad de respuesta inteligente de nuestra población».<sup>53</sup> Tales propósitos son un reflejo de que en los años sesenta había un nuevo espacio editorial cuyas expectativas en torno a sus lectores –y las de éstos hacia las editoriales– eran bien distintas a las de los tiempos del nacionalismo.

Otra importante editorial, fundada en 1960 es Era (el título está formado por las iniciales de Neus Espresate, Vicente Rojo y José Azorín). Su primer título fue *La batalla de Cuba*, de Fernando Benítez y el segundo *Palabras cruzadas* de Elena Poniatowska.<sup>54</sup> Además de estos últimos, y de Rolando Cordera, Arnaldo Córdova, Carlos Pereyra, Adolfo Sánchez Rebolledo y Bolívar Echeverría (quien se haría cargo de *Cuadernos Políticos*), se unieron a la editorial otros escritores que, como José Emilio Pacheco habían renunciado en solidaridad con Benítez al semanario *México en la Cultura*. Todos estos intelectuales –y seguramente también sus lectores– compartían esa sensación de vivir tiempos nuevos en los que la revolución ya no era el suceso histórico mexicano que iniciara en 1910, sino la revolución como abstracción y utopía:

En los años sesenta Ediciones Era comienza y el proyecto es y parece distinto porque, además de todo, el momento de América latina es eléctrico, y Era surge como proyecto latinoamericano. Se cree en el cambio (que la mayoría adjetiva: cambio revolucionario), se observa con detalle lo que pasa en Cuba... se viven con pasión las teorías de la dependencia, y por vez primera desde los treinta, la izquierda cultural está a la vanguardia, una izquierda desestalinizada, crítica, alejada del lenguaje torrencialmente histórico de Vicente Lombardo Toledano.<sup>55</sup>

Era recogió no sólo las obras del pensamiento marxista y las inspiradas en él, sino que constituyó un fondo editorial sobre historia que incluye títulos

de Paul Westheim, Daniel Cosío Villegas, Wodroow Borah, Friedrich Katz y David Brading, entre otros.

Otra muestra de los cambios que se estaban generando en el ámbito de la lectura se puede apreciar a través de los datos de algunas ediciones que alcanzaron altos tirajes entre 1959 y 1971. La primera edición de *El capital* salió a la luz en 1946, la segunda en 1959, y de ésta aparecieron sucesivas reimpresiones en 1964, 1966, 1968 y 1971 (el tiraje de la décimotercera reimpresión fue de 10,000 ejemplares). En 1965 Siglo XXI Editores publicó la primera edición en español de *La revolución teórica de Marx* de Louis Althusser; en 1967 se publicó la segunda (en 1987 aparecería la vigésimo segunda). La misma editorial publicó en 1969 la primera edición de *Los conceptos fundamentales del materialismo histórico* Marta Harnecker; dos años después apareció la sexta edición (en 1985 esta obra contaba ya con cincuenta ediciones). Como una muestra de las nuevas temáticas que fueron bien recibidas por los lectores, Era publicó en 1969 la primera edición de *Pasajes de la guerra revolucionaria* de Ernesto Guevara (el tiraje de la tercera edición, en 1976, alcanzó los 10,000 ejemplares).

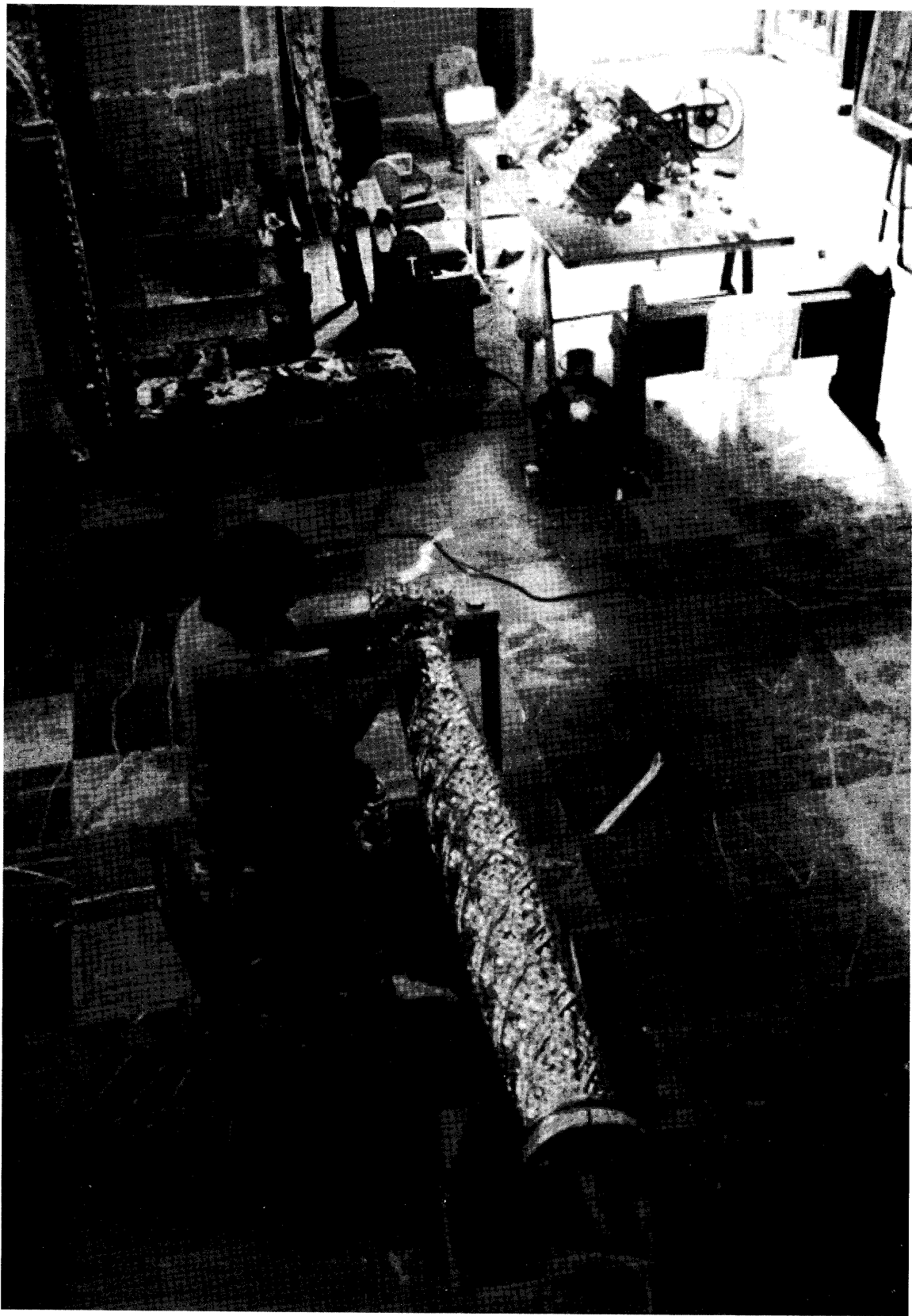
El curso de 1968 expresa claramente que los tiempos han cambiado: el presente ya no es la culminación del pasado, sino la marcha hacia un futuro mejor; el presente, por tanto, ya no es realización de anhelos, sino búsqueda –en ocasiones frenética– de una revolución que se escribe con mayúsculas. Los nuevos públicos, los nuevos lectores ya no veían el carácter triunfante de la revolución de 1910; tampoco creían en la autoridad al interior de la familia ni les seducía la cultura y el nacionalismo oficiales. Quedaba la puerta abierta a otras lecturas.

Como siguiendo el rastro dejado por la UNAM, muchas instituciones culturales (incluyendo escuelas, editoriales y museos) abandonaron el Centro Histórico para emigrar al sur de la Ciudad de México. El nuevo influjo de la modernidad, caracterizado por un más amplio y rápido acceso a la información, impone ahora nuevas prácticas en la consulta de acervos y catálogos bibliográficos. Suele suceder, sin embargo, que muchos lectores siguen recurriendo, cuando las instancias modernas se agotan, a las librerías de viejo de la calle de Donceles.■

53 Jaime Labastida, en *Catálogo General Siglo XXI*, 1965-1995, México, Siglo XXI Editores, 1995, p. 7.

54 Elena Poniatowska, "Neus, Nieves, Neus Espresate, el ojo infalible", en *Ediciones Era, 35 años*, México, Universidad de Guadalajara, 1995, pp. 9-14.

55 Carlos Monsiváis, "A los treinta y cinco años de Era" en *Ediciones Era, 35 años*, México, Universidad de Guadalajara, 1995, p. 19.



Héctor Morales limpiando una columna del Retablo de Juan Correa.